



Dos vertientes de J. M. Briceño Guerrero: Locura histórica y filosofía clásica

Ricardo Bello

UNIVERSIDAD DE CARABOBO
VALENCIA-VENEZUELA
aracal@gmail.com

Resumen

La obra de Briceño Guerrero está íntimamente ligada, tanto a nivel formal como de contenido, a la discusión en torno a los linderos genéricos de la literatura, cuestionados en la Posmodernidad. Las voces de la ficción invaden al ensayo y la reflexión propia de la novela se cuela en el discurso. El resultado es un texto claramente heterodoxo. Por otro lado, la presencia de la filosofía clásica, especialmente la griega, impone su actualidad a lo largo de la obra de Briceño, tanto en las ficciones como en sus textos filosóficos.

Palabras clave: Briceño Guerrero, géneros literarios, postmodernidad, ensayo, ficción.

Briceño Guerrero's Two Strands of Thought: Historical Madness and Classic Philosophy

Abstract

Briceño Guerrero's work is closely linked, both formally and in content, to the discussion of the boundaries of genres in literature, questioned by Postmodernity. The voices in his fiction invade the essay, and reflection imposes itself in the novel's discourse; the result is a clearly heterodox text. On the other hand, the presence of classical philosophy, especially Greek, imposes its view in all of Briceño's work—both fictions and philosophical texts.

Keyword: Briceño Guerrero, Literary Genres, Posmodernity, Essay, Fiction.

I

El cansancio del tradicional narrador de ficciones y su incapacidad para permanecer en una misma perspectiva (una de las nuevas tradiciones de la novela que arranca con Joyce, Virginia Woolf y Faulkner) impulsa al escritor a satisfacer esa ansia de conocimientos y de lucidez ante la propia condición, apropiándose del lenguaje ensayístico (la otra tradición, aquella que se nutre del realismo francés, Musil y Mailer). Por otra parte, el constructor de discursos filosóficos empieza a reconocer la imposibilidad de alcanzar una teoría total, capaz de explicarlo todo, y se entrega (¿debilidad o extrema lucidez?) a la práctica de escarbar su sensibilidad, alimentando su imaginación con las voces de fantasmas personales, reconociendo la derrota de la utopía racionalista. Heredero de esta doble tradición, el escritor venezolano José Manuel Briceño Guerrero ha explorado los caminos abiertos por la tradición de los dos géneros. Sus investigaciones en torno a la experiencia histórica de América Latina lo ha llevado no sólo a recorrer la amplia gama de respuestas y preguntas que ofrece el pensamiento occidental, sino a forzar los caminos formales de la literatura. Su búsqueda intelectual corre pareja a una investigación de las posibilidades expresivas que ofrecen los distintos géneros.

Una buena lectura de Briceño Guerrero nos obliga a tomar en cuenta la tensión genérica que atraviesa sus textos, relacionando su pensamiento con la búsqueda de una forma ideal, adecuada a sus necesidades expresivas. A la larga podríamos entonces incluso explorar la posibilidad de una nueva teoría de los géneros a fin de determinar la singularidad de su pensamiento. Esta fatiga del narrador clásico, que se confunde con el filósofo, remite a un agotamiento mayor, semejante a la pesadilla del hidalgo que relata Briceño en *Europa y América en el pensar mantuano*:

Cuenta de un hidalgo en campaña contra los moros, allá por la época larga de la reconquista, que se acostó sobre la dura tierra para descansar entre dos batallas y se durmió; en sueños creyó comprender que la guerra contra infieles era eterna y él inmortal, se vio a sí mismo combatir durante siglos y siglos contra herejes inmortales en un universo donde no existía la victoria sino breves momentos para tumbarse sobre la dura tierra y descansar. Despertó llorando porque la pesadilla hería sus esperanzas de victoria, esa esperanza más vigorizante que los ranchos y la gloria. (Briceño Guerrero, 1994:05)

La novela *El manuscrito carmesí* (1990) del escritor español contemporáneo Antonio Gala puede aportarnos una visión cercana, emparentada, al problema abordado por el autor del *Discurso salvaje*, y arrojar luz sobre el proceso de configuración de una realidad, que corre parejo a la utilización de diversos géneros literarios por Briceño. Gala intenta ofrecernos en su novela la autobiografía de Boabdil, el último sultán de Granada en los años finales de la Reconquista, quien hace un esfuerzo por comprender la naturaleza de los drásticos cambios que se avecinan en su vida y en la de la población que veía en el Señor del Alhambra a su natural líder político. Incapaz de conciliar las actitudes e intereses de Castilla y Andalucía, Boabdil se sabe al final de una cultura, de toda una época histórica y sólo le queda negociar los mejores términos de la capitulación de su ciudad, consciente de que esas condiciones serán vulneradas y pisoteadas por los triunfadores de la contienda. La península española, donde coexistieron tres religiones durante siglos, será amputada; a un cristiano amigo le contesta el Sultán: “Ni me importan lo que escriban quienes escribirán estos sucesos que nosotros vivimos. Ellos vendrán después; traerán limpias las manos, y con ellas dibujarán un cuadro comprensible, y una frontera insalvable entre nosotros dos” (Gala, 1996: 466).

Lo interesante, y lo que aproxima la narración de Antonio Gala al contexto teórico de Briceño Guerrero, es que Boabdil, al intentar comprender su circunstancia, no se limita al diario o la autobiografía, sino que utiliza el poema, la reflexión histórica más erudita o el análisis militar o económico, saltando entre géneros literarios en la medida en que cada uno de ellos puede ofrecer un retrato más efectivo de la experiencia de su pueblo o de las parcelas de su existencia. Al toparse con algún acontecimiento que no coincide con los delineamientos de la realidad tal como era vista ésta por un discurso particular, Boabdil rompe la continuidad de su escritura e inicia la descripción del nuevo momento con otra práctica discursiva. Pero el problema de fondo, como le reconoce el sultán a su interlocutor castellano, es la imposibilidad de que Fernando e Isabel acepten en su reino la coexistencia de varias culturas y religiones. Las capitulaciones no serán respetadas:

Vuestros reyes se encuentran demasiado seguros de sí y de lo que quieren; los criados nunca marcan la conducta de la casa. Y, sin nosotros, la historia de España será otra. Cristianos y musulmanes, durante ocho siglos, hemos vivido y muerto los unos por los otros; nos hemos observado, odiado, perseguido, limitado; hemos convivido. ¿Cómo viviréis ahora sin el otro, en qué espejo miraros, qué Granada añorar, qué Paraíso perdido para

reconquistar, qué quiméricos jardines echar de menos en medio del invierno?
(...) Porque, ¿qué es Castilla sin enemigos, don Gonzalo? (Gala, 1996:470)

La diferencia será anulada. La fuerza embrionaria del moderno Estado español, localizada en Castilla al cobrar fuerza la Reconquista, se había transformado alcanzando una vitalidad extraordinaria. Un proyecto histórico, iniciado siglos atrás, llegaba a su máxima expresión. La vitalidad de la España católica se manifiesta en la victoria de una larga guerra, en la expulsión de judíos y musulmanes y en el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo. Una era llega a su final y otra comienza: un Estado teocrático suplantando a otro; pero la situación se revela como crisis ineludible para Boabdil y ella encarna en la multiplicidad de discursos y estilos que caracterizan a sus apócrifas memorias. Briceño Guerrero se resiste también a silenciar esa experiencia de la multiplicidad de identidades. La norma no es la normalidad, sino la esquizofrenia. La salud mental de un individuo o de una sociedad evidencia la tensión de las diferencias, y la medida en la que se fuerza esa relación hasta provocar una fisura psíquica y el descubrimiento de la unidad subyacente. La fuerza del Estado español en los años finales de la reconquista y durante el imperio de los Austria se originó en una reflexión religiosa y filosófica que fue capaz de promover un consenso entre los distintos reinos cristianos de la península, superando los distintos antagonismos y rivalidades locales. El diálogo del catolicismo con la España musulmana y sefardita no fue sin embargo posible; este mismo fracaso (hermano gemelo de la victoria militar) inicia la decadencia: la negativa del nuevo liderazgo a reconocer que no podía anular con decretos toda la experiencia acumulada (financiera, técnica, agrícola) de las otras dos comunidades religiosas. La incapacidad para reconocer el rostro del contrario jamás podrá conformar un consenso amplio en torno a programas políticos o económicos de largo alcance. La negativa a abrirse al diálogo y negociar substancialmente con el enemigo nunca ha sido propicio para el ejercicio de la libertad y la imaginación. Las terribles frases del autor del *Discurso salvaje*, duras por su franqueza y honestidad, pronunciadas en el acto central con que las academias venezolanas conmemoraban el natalicio de Simón Bolívar en 1983, reflejan esta incoherencia que ha caracterizado desde entonces la cultura hispanoamericana, sostén de una ilusión de armonía y patriotismo:

Yo no he estudiado en vano, yo no he vivido en vano, yo no he tratado en vano de comprender a mi país en vano. Yo sé que Simón Bolívar no es el Padre de la Patria. Yo sé también que Venezuela no es una patria. (...). Los

despojos territoriales nunca le han dolido realmente porque no es el cuerpo de una patria, sus límites son imprecisos y negociables como propiedades materiales no irrigadas por sangre común, no invadas por un sistema vivo. Dentro de ese ámbito geográfico y administrativo hay muchas patrias pequeñas, amados terruños alimenticios que no llegan a configurar un todo orgánico (Briceño Guerrero, 1983: 6)

El afán por describir la experiencia de esta esquizofrenia colectiva sin consenso posible o las dificultades para crear un Estado con la suficiente legitimidad como para escapar del infierno circular de las vendetas y contravendetas políticas, se asemeja a la incapacidad de Briceño de restringir sus narraciones a una sola perspectiva. Su lucidez se refleja en esa misma indisposición a tomar partido por alguno de los interlocutores en ciernes. Negar a un contrincante, silenciar a un enemigo, es la suma de las traiciones y todo consenso alimentado con ese fratricidio inicial no puede prosperar y ofrecer una visión que no se precipite de nuevo, tarde o temprano, en el vacío político. La dificultad más importante de nuestro proyecto histórico es justamente, como señalaba Maxime Rodinson al estudiar el nacimiento del mundo islámico, lograr esa cohesión de grupos y factores de poder enfrentados pero coexistentes en un mismo espacio geográfico. La dificultad estilística de Briceño en encontrar una voz hegemónica mientras escribe sus trabajos históricos revierte a la misma fuente: el problema de impulsar un liderazgo sin silenciar las voces contrarias. La apremiante búsqueda de unidad psicológica de los personajes de alguna de sus novelas, señala problemas semejantes: la lucidez frente a los procesos psíquicos se inicia con la aceptación de dimensiones de la conciencia que escapan a la imposición de parámetros únicos, característicos de alguna metodología o ideología en particular.

II

Al indagar en torno a las posibles influencias del pensamiento griego en la obra del escritor venezolano José Manuel Briceño Guerrero, una pista de obligatorio seguimiento al comprobar sus muchos años de docencia de la filosofía, resulta provechosa la lectura del diálogo *Cratilo* de Platón. Un estudio de esta obra permitirá detectar ciertas conexiones entre sus argumentos y algunos presentes en los textos de Briceño, principalmente en la novela *Amor y terror de las palabras* (1987) y en los ensayos *El origen del lenguaje* (1970) y *América Latina en el mundo* (1960).

El problema filosófico planteado en el *Cratilo* es doble: por un lado está el saber si en el nombre se encuentra una correspondencia de esencia con la cosa nombrada (lo cual permitiría analizarlas a partir de ese nombre), o si, por el contrario, la naturaleza misma de las cosas elude a las aspiraciones cognoscitivas de un lenguaje fundamentado en una relación arbitraria entre significado y significante. Efectivamente, uno de los personajes del diálogo –Hermógenes– sostiene que el vínculo entre palabra y referente es totalmente arbitrario y puede ser modificado a criterio personal, sin que el lenguaje sufra por ello. El defecto que presenta esta teoría convencionalista está en que obtiene su validez de opiniones particulares y no de una convención más universal que permita lograr un verdadero orden (una estabilidad y un amplio consenso en torno a las herramientas intelectuales), capaz de producir conocimientos. Si el otorgamiento de un nombre a una cosa proviene de la voluntad de un individuo solitario, entonces deja de ser una convención para transformarse en un acto del azar. Los niños y los amantes pueden tener su hablar particular que sólo ellos entienden, pero este lenguaje particular no es una imposición arbitraria sino la cristalización de un hábito lingüístico. La consecuencia filosófica más importante que se desprende de esta crítica de la teoría convencionalista está en que los hombres dejan de tener una relación de necesidad en cuanto a lo que denotan con su palabra, y por lo tanto podrían perder validez sus actos lingüísticos como instrumentos de conocimiento.

Si todos los hombres pueden dar nombres, todos los nombres son justos y desaparece la noción de colectividad, ciudad o Estado. Los conceptos de individuo y sociedad no pueden enfrentarse justamente cuando de lo que se trata es de construir una herramienta de comunicación entre los habitantes de una comunidad. De tener razón Hermógenes, las leyes que posibilitan la vida social dejan de tener validez al ser quebrantada su autoridad por la capacidad de otorgar nombres que tiene cualquier individuo. Los nombres se multiplican y el mundo se convierte en una Torre de Babel donde nadie se entiende. El lenguaje sería un soliloquio en el mejor de los casos, un discurso autista que ninguna autoridad puede ya influenciar, inefectivo para el diálogo y cerrado a la comunicación. La relatividad de esta proposición, que se remonta a Protágoras, aniquila toda posibilidad de alcanzar un conocimiento cierto por el sólo hecho de no alcanzar la legitimidad otorgada por el examen social de sus proposiciones. La validez universal de todas las opiniones posibles formuladas simultáneamente y de manera independiente por todos los hombres, destruiría la existencia de una verdad o conocimiento independiente del sujeto que conoce, y aniquilaría la posibilidad de aceptar

la existencia de un mundo de seres y cosas independientes al observador que analiza y nombra desde su subjetividad. Sin embargo, Sócrates le recuerda a Hermógenes, el mundo de las cosas existe y ellas mantienen una existencia independiente de cualquier valoración individual. Cualquier acción lingüística o no, supone un deseo de obrar y operar con las cosas. No es la cosa la que deba adaptarse a la lengua, es la acción de las palabras la que debe adaptarse a las cosas. Cada cosa fija establece el rango de la relación que puede tener el que desee aproximarse a ella, independientemente del operario o realizador de la acción, y el ámbito de esa relación, determinado por la naturaleza de la cosa, constituirá la norma de la operación (verbal o no) a realizarse. La estabilidad de las cosas no solamente obligará a formular una teoría del nombre que supere las contradicciones del convencionalismo de Hermógenes, sino que plantea la necesidad de un lenguaje universal que sí corresponda al estado real de las cosas. En este sentido Platón está mucho más cerca de la teoría de la rectitud de los nombres defendida por el tercer personaje del diálogo, Cratilo. A un estado real de las cosas corresponde un lenguaje no sujeto a las arbitrariedades de la voluntad individual. Cratilo defiende una visión del lenguaje en que cada cosa mantiene una relación de esencia, un nexo indestructible, perfecto y natural con el signo lingüístico que la denota. La mayor crítica que se le puede hacer a esta posición es que de ser cierta la afirmación entre la cosa y la palabra, tendríamos entonces que estudiar no uno sino dos originales: la cosa y el signo lingüístico que la denota. La equivalencia absoluta, la perfecta identidad entre palabra y cosa limita las posibilidades del lenguaje a una reproducción fiel de la realidad. El logos, en cambio, nace cuando la razón se rebela ante la estrechez de esta teoría mimética. La razón aumenta las posibilidades de alcanzar conocimiento, cuando toma conciencia de la tirantez entre costumbre y naturaleza, bien sea esta dicotomía aplicada al estudio de la sique o al origen del lenguaje. La independencia ante lo real favorece la introspección y agiliza la toma de conciencia de un individuo (el hablante) cada vez más solo ante una realidad distante y un lenguaje artificial que no participa de la esencia de la naturaleza exterior a la conciencia.

El protagonista de *Amor y terror de las palabras* insiste, a partir de sus juegos con el lenguaje, en provocar dos operaciones psicolingüísticas que tienen como fin romper el nexo, ya sea de tipo convencional o de esencia, que une las palabras a las cosas, y desligar –primero– a las palabras de su referente, y –segundo– liberar a las cosas de los signos que las representan y aprisionan. Doble ganancia: en primera instancia, la posibilidad de un estudio y vivencia del lenguaje que se remonta a su mítico origen, descu-

briendo el inicio mismo del nexo debatido en el Cratilo; y en segunda, entregarse por vez primera a una visión fenomenológica de las cosas sin que la forma interna del lenguaje (*Innere Sprachform*), como llamaba Wilhelm von Humboldt a la capacidad de las palabras de moldear concepciones del universo (*Weltanschauung*), transforme o condicione la realidad de las cosas, adaptándolas a la íntima constitución y forma de pensar del léxico y sintaxis de una lengua en particular.

Ese proceso de descubrimiento de la naturaleza íntima del lenguaje, que no es otra cosa sino una marcha atrás hacia el inicio mismo de la psique y la inteligencia humana, un remontarse a los orígenes de la especie, encuentra, aclara el protagonista de la novela, dos obstáculos o debilidades de la palabra. La primera falla estructural consiste en que: "...las palabras son atraídas irresistiblemente por las cosas, se entregan a las cosas. Excepto cuando yo las liberaba, estaban siempre entregadas a las cosas. Llegué a preguntarme si eran conquistadoras o conquistadas" (Briceño Guerrero, 1987: 52).

Este enfoque recuerda al utilizado por Cratilo en el diálogo: existe una comunión de esencia entre la palabra y la cosa. Hay un nexo fundamental, independiente de todo criterio humano, que aproxima e identifica el nombre con la cosa, o que al menos acerca irresistiblemente un nombre a cada cosa. Las palabras, se queja el ente (de papel) de la novela, no sólo escogen e interpretan al mundo de acuerdo a su léxico, sino que se complacen en dominar a las cosas, necesitan de ellas y una relación de sadomasoquismo, de servidumbre y autoritarismo las obliga a permanecer atadas a ellas: "...organizadas como un ejército romano, avanzaban en orden estricto hacia las cosas para asirlas de manera exhaustiva" (Briceño Guerrero, 1987: 53).

Recuerda esta frase a la lección inaugural que dictara Roland Barthes al ser incorporado al Collège de France el 7 de enero de 1977 e inaugurar su cátedra de semiología lingüística: la lengua, insistía el autor de *El placer del texto*, era fascista al obligar a decir, al imponer significaciones, al margen de las intenciones del hablante o la realidad fenomenológica. El nexo que establecen con un referente o concepto resulta desde el primer momento alianza perpetua y obligada. Cada palabra avanza hasta encontrar su semejante entre las cosas.

La segunda debilidad de las palabras descubierta por el protagonista de *Amor y terror de las palabras* es tan contraria a la anterior, como cercana a la idea que se hace Hermógenes del habla humana. Es una tendencia que mueve a las palabras a proseguir su marcha, a buscar siempre nuevos significados, en una continua y permanente construcción de la lengua histórica:

“...no logran asir ninguna cosa en particular. Se detienen en vuelo, cual colibrí, toca y se van hacia otra” (Briceño Guerrero, 1987: 55).

Otra clasificación que establece el personaje de la novela de Briceño nos recuerda también a Platón. Nos referimos a la dicotomía verbo explícito/ verbo implícito. El verbo explícito ordena y organiza el mundo natural y social; a eso se refería Humboldt cuando utilizaba el término “forma interna del lenguaje”:

El estudiante ingenuo que se inicia en el aprendizaje de una lengua extranjera encuentra generalmente obstáculos que surgen del siguiente prejuicio: cree vivir en un mundo objetivo igual para todos los hombres y que el problema es básicamente cuestión de diccionario, que las mismas cosas tienen nombres diferentes, que los alemanes llaman a la montaña Berg y los chinos al padre Fu, pero que en fin de cuentas se trata de la misma montaña y del mismo padre. (Briceño Guerrero, 1966:94)

Ningún pueblo, afirma Briceño, se ha conformado con una vaga imagen sensorial de la realidad, sino que ha procedido en el plano de la representación a reconstruir ese universo en los términos de una particular estructura lingüística. Tal tesis compagina perfectamente con la defendida por Hermógenes, quien a su vez fundamenta su argumentación en el dicho de Protágoras (“El hombre es la medida de las cosas”). Las conclusiones más extraordinarias sobre la naturaleza humana nacen de una discusión sobre el origen de los nombres y sobre las posibilidades de alcanzar un conocimiento real a partir de las palabras. La investigación filosófica sobre el origen y la naturaleza del lenguaje, llegó a escribir Ernst Cassirer en *La filosofía de las formas simbólicas*, es tan antigua como aquella sobre la esencia y el origen del ser. Todo lenguaje resulta una interpretación, y la discusión sobre la naturaleza de la relación entre significante y significado o entre signo lingüístico y referente, resulta a la larga un estudio sobre la naturaleza de la representación. Si la representación participa de la cosa representada, entonces las posibilidades del lenguaje resultan casi infinitas, pues daría lo mismo estudiar la cosa que su representación; una correcta manipulación del lenguaje permitiría dominar al mundo. Sin embargo, bien sabemos que Platón en su *Carta VII* distingue la representación de la idea o forma original y establece, en esta primera delimitación histórica del valor cognoscitivo del lenguaje, como lo califica Cassirer, una desconfianza del lenguaje hablado y escrito.

La siguiente categoría establecida por el personaje de la novela es la del verbo implícito, el cual “...organiza y gobierna las cosas” (Briceño

Guerrero, 1987: 74). Si el verbo explícito se refería a la palabra hablada, a los procesos de pensamiento, a las instituciones, creencias y costumbres, a la subjetividad particular de culturas y pueblos que se agrupan en cada una de las distintas familias y subfamilias de lenguas (indoeuropeas, ugrofinesas, semíticas, hamíticas, bantú, dravidias, malayopolinesias, etc., etc.), el verbo implícito por el contrario se refería a “la naturaleza y comportamiento de las cosas naturales todas y al orden cósmico” (Briceño Guerrero, 1987:76).

El verbo tácito o implícito provoca entonces una muerte de la cultura. Hablan las cosas y calla el hombre. La constitución del objeto filosófico no necesita del sujeto; la misma dualidad objeto/sujeto deja incluso de ser relevante. El mundo sensible, tal como se le manifiesta al hombre, no resulta mediatizado por el lenguaje o por el conocimiento que produce la mirada de una subjetividad humana. El verbo implícito, como el de San Juan Evangelista, resulta anterior al mundo sensible y al conocimiento. Si la visión explícita, coincidente con la teoría convencionalista de Hermógenes, sostiene que cada cosa no es más que un retrato del mundo y del pueblo que habla, la visión tácita conduce a la magia y al pensamiento pre-filosófico:

El secreto del más grande poder de los brujos está en que saben los nombres verdaderos de algunas cosas. Más nombres verdaderos más poder. Ninguna planta, ningún animal, ningún metal, ninguna piedra, ningún hombre, ningún demonio, ningún ángel, nada ni nadie puede resistir la voluntad del que sabe su verdadero nombre. (Briceño Guerrero, 1987: 89)

Hay un punto intermedio, termina reconociendo el personaje, acercándose a la tensión heraclíteana. La palabra sola vuela a su origen, pero la frase no; la frase se sostiene porque lleva en sí la carga de racionalidad de la especie humana. Las palabras, al incorporarse a las frases, logran crear un punto donde confluyen los dos mundos, y este nuevo espacio es lo que el héroe de *Amor y terror de las palabras* llama cultura o región intermedia. Toda la tradición filosófica, argumenta Víctor Li Carrillo en su trabajo *Platón, Hermógenes y el lenguaje*, reposa sobre la idea de que la verdad o falsedad sólo puede ser atribuida a una proposición, a un enunciado, nunca a un hombre aislado e independiente de las categorías de pensamiento en las que se inserta. Pero aquí, acompañando a esta reflexión, ocurre quizás la más grande catástrofe del personaje: “Dirigí otra vez la atención hacia mí mismo, el inaprehensible, me sentí débil: yo, que podía dar cuenta del mundo o por lo menos así lo creía y lo intentaba, no podía darme cuenta de mí mismo” (Briceño Guerrero, 1987: 122).

Esta es una incapacidad quizás inversa a la formulada por Pascal, al referirse con admiración a esa caña pensante (el hombre), tan débil que sólo hace falta un vapor, una gota de agua para matarlo, y sin embargo es más noble que el universo, pues aunque éste lo mate, el hombre sabrá que el universo lo está matando, y el universo no tendrá conciencia de su acción destructiva (fragmento 347 en la clasificación de Brunschvicg). Ahora le vendrá a ese atribulado protagonista de la novela su peor momento:

Después, como una centella reventó en mí de un solo golpe, de un golpe solo, la aciaga comprensión: vi que la región intermedia era también lenguaje, y no un lenguaje más, sino lenguaje por excelencia, lenguaje primero, tal vez lenguaje único proyectado hacia la exterioridad del mundo, si es que el mundo no era sólo esa proyección misma diversificada y complicada en heterogéneos espejos también verbales, dentro del espacio verbal único del verbo. (Briceño Guerrero, 1987: 126)

La experiencia del contacto directo con el ser resultó ser la experiencia con el origen mismo del lenguaje. Preguntarse por el ser, parece decir el personaje de la novela, va a dar la misma respuesta que la pregunta por el origen del lenguaje. En el capítulo introductorio de su ensayo *El origen del lenguaje*, Briceño Guerrero estudia el tratamiento mitológico fundacional y llega, después del análisis de múltiples relatos antropogónicos, a la misma conclusión: el hombre no resulta hombre sino cuando comienza a hablar. El lenguaje resulta origen de toda cultura y su estudio permite acercarnos al origen de la naturaleza humana. Confirmando esta tesis, el físico Carl Sagan, en su libro *Los dragones del Edén, Especulaciones sobre la evolución de la inteligencia humana*, ganador del Premio Pulitzer en 1977, al tratar de ubicar el período histórico en el que se puede hablar de hombres y no de primates, siguiendo su teoría evolucionista, afirma que es sólo con la tardía aparición de la neocorteza, posterior al desarrollo del complejo reptiliano y del sistema límbico (responsable de las emociones), es cuando podemos diferenciar claramente al ser humano de sus primates antecesores. La neocorteza, enfatiza Sagan, es la zona del cerebro responsable del habla.

La conclusión a la que llega el personaje de *Amor y terror de las palabras* resulta tan conclusiva como la de Sócrates al final del *Cratilo*: todo ha sido una etapa más, y no la última, en la indagación del problema. Lo que aparece como una oposición irreconciliable entre teorías lingüísticas enfrentadas (Hermógenes/Cratilo, las dos debilidades de las palabras, verbo explícito/verbo implícito) no es más que una contradicción similar

a la del juego entre tesis y antítesis: sólo al constatar que ambas posiciones se comunican con parcelas de la verdad es que podemos acercarnos a una comprensión de la estructura interna de la realidad. La ambigüedad que resulta de la confrontación entre cualquiera de esos binomios nos lleva a reconocer que el lindero que separa al lenguaje de los dos verbos no es rígido ni definitivo, tal como lo afirma Heráclito:

Dios es
día y noche, invierno y verano,
guerra y paz, saciedad y hambre;
El toma diferentes formas, lo mismo que el fuego,
que al mezclarse con los sahumerios (inciensos)
es llamado según el aroma de cada cual de estos.
(Marcovich, 1968:98)

Referencias

- Briceño Guerrero, José Manuel (1966). *América Latina en el mundo*. Caracas: Arte.
- Briceño Guerrero, José Manuel (1987). *Amor y terror de las palabras*. Caracas: Mandorla.
- Briceño Guerrero, José Manuel (1994). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas: Monte Ávila.
- Briceño Guerrero, José Manuel (1983). Recuerdo y Respeto para el Héroe Nacional. En *Crónica Universitaria*, Sartenejas, Universidad Simón Bolívar, Año II, (18).
- Gala, Antonio (1996). *El manuscrito carmesí*, Barcelona, Planeta.
- Marcovitch, M. (1968). *Heraclitus. Texto griego y versión castellana*. Mérida: Universidad de Los Andes.